

do donde guindaban un par de tiras, y varas atravesadas con un galón en cada extremo; las mujeres usábamos cotizas, vestíamos trenzas azules y polleras de malín transparente que llegaban hasta el piso adornadas con lentejuelas de colores. Además, Carlos disfrazó a algunos con el uniforme de empleados de las Empresas Públicas Municipales que, bailando alrededor de las parejas que conformaban la comparsa, llenaban unos galones grandes que cargaban otros bailarines. Nosotras teníamos unos tocados en forma de agua transparente y todos íbamos cantando en una gran coral” (pág. 94). Otra bailarina describe la coreografía: “Los pasos de la comparsa eran como 32, cada uno tenía su simbología, nos agachábamos y hacíamos la mímica de bañarnos sin agua, cuando marchábamos adelante se buscaba progreso, cuando marchábamos hacia atrás se mostraba cómo estábamos buscando el líquido sin encontrarlo” (pág. 95). En un típico acto de carnaval, les cantaron las verdades en su cara a las autoridades municipales. Un gesto que sintetizaba el malestar ciudadano, como lo demuestra el hecho de que ganaron Congo de Oro en comparsas, gracias a un notable como Pedro Vengoechea, Presidente de la Junta Permanente del Carnaval.



Al año siguiente salieron con *El apagón*, sobre la prestación del servicio eléctrico, casi tan deficiente como el del agua, que ya era mucho decir. El vestuario fue diseñado por Carlos, “en los muchachos los colores predominantes eran el rojo y el amarillo mientras que en las muje-

res prevaleció el color negro. La coreografía [...] se constituyó con movimientos sincrónicos alrededor de una reina que, vestida e iluminada suntuosamente, simbolizaba la luz eléctrica. La línea musical presentaba una particularidad: generalmente en los carnavales la música se interpreta con caña de millo, clarinete o saxofón, nosotros utilizamos la flauta traversa y el piccolo, una flauta parecida con sonido más brillante y agudo; las coplas fueron creación colectiva y hablaban del servicio público, sus deficiencias y sus altos costos” (págs. 97-98). Según otro testimonio: “teníamos unos velos negros que caían encima de una malla que llevábamos puesta debajo, el vestuario de los hombres era pantalón, blusón grande y zapatillas negras” (pág. 98). También contribuyó al rescate de algunos disfraces tradicionales que se estaban perdiendo: “Los disfraces estaban desapareciendo, la chabacanería se imponía por la absoluta apatía de quienes manejaban las fiestas del carnaval, esta tradición arraigada en lo más profundo del modo de ser barranquillero había caído en desuso, dando paso al mal gusto. Carlos apeló a la reinención de los disfraces y al retorno a las costumbres”. Hacia 1983 decidió hacer rescates culturales, sacar comparsas con disfraces que estaban desapareciendo: marimondas, capuchones, negritas Puloil, con una coreografía que permitía bailar libremente (págs. 98-99). El libro también muestra otras facetas de la danza folclórica en Barranquilla, no tan brillantes. El canibalismo reinante entre los grupos de danza de la Universidad del Atlántico durante esa época, que dio lugar a un ambiente muy agresivo. Que explica muchos de los conflictos en que se vio envuelto Carlos Franco. Otra limitación: el trabajo editorial del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Barranquilla deja mucho que desear. El esfuerzo de Suescún al escribir debe ser valorado debidamente. Llena un vacío y por esto se justifica. De otra forma no hubiéramos podido contar hoy con estas palabras de Gloria

Triana, refiriéndose a la película dedicada a Carlos de la serie Yuruparí, que muestran su talento: “esa película cobra un significado especial por varios motivos, primero fue un homenaje en vida a este gran artista que se consagró como un monje con votos de pobreza incluidos, a desenterrar, reanimar y revitalizar la exuberante cultura de nuestro Caribe. Con su trabajo lo financiaba todo, no recibió ayuda estatal ni apoyo local que compensara sus esfuerzos, era muy corriente llegar a su casa y encontrarla sin luz o sin agua, para él lo primero era conseguir los abalorios, las flores, las sombrillas de las farotas o cualquier otro de los implementos de su trabajo” (pág. 183).

ADOLFO GONZÁLEZ  
HENRÍQUEZ

## El cosiómpiro y el cosiampirito

**Breve diccionario de colombianismos**  
*Academia Colombiana de la Lengua*  
Gráficas Visión J. P., Bogotá, 2007,  
250 págs.

La Academia Colombiana ofrece la tercera edición (“revisada y actualizada”) de su *Breve diccionario de colombianismos*, en grata edición de lujo (pasta dura, finas guardas, clásica sobrecubierta), como corresponde a su categoría. Contiene 2.180 entradas. Las ediciones anteriores datan de 1975 y 1992.

Las academias atienden a las voces populares porque son de su esencia. El purismo constituye una pretensión absurda, que se opone a la renovación del español —derivado de otras lenguas—, así como al experimentalismo y la creatividad, sin los cuales Huidobro no hubiera sido posible. Los regionalismos más extendidos y los neologismos necesarios se encuentran comúnmente en los diccionarios populares, con indicación de su procedencia.

En las páginas iniciales (dieciséis sin indicación de folio), se relacionan publicaciones análogas de diversa autoría, incluyendo una en dos tomos, y se explican el marco y la intención adoptados: "El adjetivo *Breve*, que encabeza el título del presente repertorio, está indicando que su objetivo es mucho más modesto y limitado que los de extensos trabajos anteriores. Nuestra labor ha estado encaminada a reunir un conjunto de voces y expresiones que constituyan un cuadro representativo de las peculiaridades léxicas del español en Colombia por los tiempos que corren, sin pretender, ni de lejos, recoger exhaustivamente todo ese caudal".



El párrafo citado señala límites que determinan el alcance de la obra en razón de su propósito. Por tal motivo, no resultan procedentes las glosas sobre su factura y contenido. Puesto que se trata de un compendio de colombianismos, parece lógico que también éstos se empleen en formas gramaticales propias del país. Como cualquier otro diccionario, admite adiciones y precisiones. De hecho, ya se ha revisado tres veces. En español hay muchas cosas discutibles. No es una doctrina. Algunas erratas, así como los comunes errores que se deben considerar de digitación (lo cual resultaría comprensible e irrelevante en otro editor), se hacen notorios por su procedencia. Pese a las observaciones preliminares, la utilidad del diccionario podría resultar disminuida por la falta de muchos términos de uso popular, aunque en realidad los lexicones se complementan unos a otros. Co-

lombia sería el país mejor hablado del mundo hispánico si sólo se registraran 2.180 voces autóctonas, cualquiera que fuese su formación.

Dada la amplitud del tema, el volumen amerita un estudio. A modo de comentario marginal se incluyen algunos ejemplos saltones de casos dudosos, que no significan sugerencias ni nada. Pueden verse como segundas acepciones, complementos o palabras no incluidas.

Pág. 2, *abuelita*. Balancín construido con esmero, acojinado y cómodo para su uso. *La abuela está sentada en su abuelita*. (¿En su mecedora?).

Pág. 19, *arruncharse*. Juntarse las parejas en arrumacos.

Pág. 21, *atao*. Bulto de trapos.

Pág. 26, *baboso*. También: mentiroso, *pajudo*, que habla mucho.

Pág. 26, *bacán*. Si figuran *bacanería* y *bacano*, debería aparecer todo el parlache, pues éstas son algunas de sus voces emblemáticas. Además, se ha convertido de metalenguaje en dialecto que aspira a remplazar el español con ayuda de profesores en colegios y universidades, y de medios masivos de comunicación.

Pág. 27, *bahareque*. Figura en el Pequeño Larousse, 1978. A la tierra que se estima apropiada se mezcla bosta como aglutinante para fraguar.

Pág. 28, *basuco* (o bazuco). Si la ortografía se define por el uso general, se escribirá con z. El propiamente dicho no incluye marihuana en la mezcla. Cuando se agrega marihuana se denomina *diablito*. Desde luego, la terminología popular suele ser cambiante por motivos conocidos.

Pág. 29, *batería*. Utensilios de cocina, también llamados *chismes*.

Pág. 30, *beneficiadero* (de café). También *beneficio*.

Pág. 37, *buñuelo*. Inexperto. *Estar muy buñuelo*. También: hombre grueso, acuerpado.

Pág. 72, *chulavita*. Los chulavitas fueron reclutados inicialmente en la localidad de Chulavita. De ahí su nombre. El término pasó a designar policías forajidos, ignorantes y fanáticos, destinados a imponer el dominio mediante el terror, principalmente en campos y poblaciones atrasadas e incultas. Desde enton-

ces han persistido con diversos nombres y modalidades.

Letra C, *cosiámpiro*. Cosa, objeto del que no se sabe o recuerda el nombre. *Cosiámpiro*. Objeto pequeño, íd.

Letra P, *pechichona*. Muchacha agraciada y mimada.

Pág. 87, *tarrali*. Debe ser palabra aguda.

Página tras página se pueden formular observaciones de este tenor. Pero no es el estudio. Es sólo la reseña. Quédese usted con el *cosiámpiro*. Yo me quedo con el *cosiámpiro*.

JAIME JARAMILLO  
ESCOBAR

## Diccionarios dialectales

### Diccionario enciclopédico afrocolombiano.

#### Afroamericanismos y africanismos

*Fabio Teolindo Perea Hinestroza*

Edición del autor,

Impresión: Alto Vuelo Comunicaciones, Quibdó, 2006, 438 págs., il.

El ambicioso título expone la intención del educador que emprende un extenso trabajo etnolingüístico con fines de proselitismo racial y político, como líder cofundador y activista del Movimiento Cimarrón, uno de cuyos postulados señala que "el tigre no proclama su tigritud sino que ataca". Es un libro revuelto porque así conviene a su astucia didáctica, dirigido en particular a una población de descendencia afrocolombiana estimada sobre diez millones.

Como diccionario beligerante, la parte lingüística cede importancia al tema histórico, social y folclórico, por lo que éste tiene de identidad ancestral. Contiene 2.767 entradas, 37 anexos y 202 grabados (fotografías e ilustraciones). En la página 12 dice que "presenta un sinnúmero de biografías de personalidades". El sinnú-